

# Don Felipe acudió ayer a venerar la imagen del Cristo de Medinaceli

**Esta devoción popular atrae cada año a mayor número de personas**

Madrid. C.I.Bustos/J. Tostado

**Unas trescientas mil personas según los organizadores pasaron ayer, primer viernes de marzo, por la basílica de Medinaceli de Madrid para venerar y besar el pie de Jesús Nazareno. La excelente climatología y el aumento de la fe en el Cristo de Medinaceli justifican el aumento de feligreses con respecto al pasado año. Don Felipe de Borbón acudió en la mañana de ayer a venerar la sagrada imagen, siguiendo una tradición de la Familia Real.**

Seguendo un antigua tradición, el Príncipe de Asturias acudió ayer a primera hora de la mañana a venerar la imagen del Cristo de Medinaceli. En la puerta de la Basílica fue recibido por el padre prior, Inocencio Egido. Tras saludar a los miembros de la Archicofradía del Santo Cristo de Medinaceli, Don Felipe se dirigió hasta la imagen.

Hasta entonces, no faltaron los aplausos al Heredero de la Corona, los comentarios sobre «qué guapo es» y los gritos de «¡Viva el Príncipe de España!».

Tras orar ante la imagen, que data de 1640, Don Felipe pasó a la sacristía donde firmó en el llamado «Libro de los Reyes», un libro inaugurado por Fernando VII y en el que han estampado su firma los Reyes y miembros de la Familia Real que cada año se han acercado, en el primer viernes de marzo, a venerar la imagen del Cristo de Medinaceli. Así, allí figuraban las firmas de las Infantas Doña Elena y Doña Cristina, que acudieron a la basílica en 1994 y 1993, respectivamente, y la del Infante Don Carlos, que acudió a venerar la imagen el año pasado.

## Marcada por la guerra

Una imagen cuya historia está marcada por los conflictos históricos, que estuvo en Sevilla y en el norte de África, que fue rescatada por los padres trinitarios y dada en custodia a los duques de Medinaceli, que a su vez la pusieron al cuidado de los padres capuchinos. También la Guerra Civil marcó su trayectoria, y la imagen viajó a Valencia y de allí a Ginebra desde donde volvió, tras varias gestiones, en 1940. Fue en 1930 cuando un grupo de mujeres comenzó a venerar la imagen los primeros viernes de Cuaresma.

La presencia del Príncipe de Asturias arrancó de las miles de personas que esperaban el aplauso y el entusiasmo. Don Felipe no dudó en romper el protocolo para acercarse a saludar a las personas que flanqueaban cada lado del pasillo central de la basílica.

Las calles cercanas a la basílica de Medinaceli aglutinaban a últimas horas del jueves una enorme cantidad de fieles que hacían cola para besar el pie a Jesús de Medinaceli. El descenso de la temperatura por la noche aumentaba el fervor y alegría de las primeras personas que besaron la imagen. Estos fieles estaban esperando desde las cuatro de la madrugada del miércoles aproximadamente.

Un dato novedoso este año es que esas primeras personas solían ser familias enteras, que se turnaron en la cola para no perder la vez. Un matrimonio con sus dos hijos estu-



ron desde la 11 de la mañana del jueves. Otra familia reconocía que estaba desde las 5 de la tarde del miércoles y habían cogido la vez para otros quince familiares. Una señora manifestó: «Estoy desde el martes porque es una promesa por haber resultado bien la operación de mi cuñada».

La devoción a Jesús de Medinaceli se encuentra extendida por todos los puntos de España. Por ello este día vinieron más de cien peregrinaciones. Los organizadores acertaron este año al mantener abierta una puerta del recinto sólo para las delegaciones que acudían desde fuera de Madrid, lo cual facilitó notablemente la circulación de fieles.

## Tres peticiones

Según la tradición, de tres peticiones que se hacen, el primer viernes se concede una. Entre los testimonios de los fieles cabe reseñar una señora que daba las gracias por haberle devuelto la salud tras una enfermedad. Una joven madre, en cambio, acudía para pedir por los estudios de sus hijos. Otra señora le pedía a la sagrada imagen «salud y trabajo para mi esposo y mi hijo».

Los devotos se agrupaban en colas que llegaban, a las dos y media de la tarde, hasta la calle Atocha y giraban por la calle Desamparados. El número era superior al de otros años y, según organizadores y agencias, superó las trescientas mil personas. Se notaba un aumento considerable en la proporción de jóvenes que rezaban con fervor en el templo después de haber hecho largas horas para venerar la talla del Cristo.

Como es inevitable en este tipo de aglomeraciones, varias personas sufrieron pequeños percances y desmayos. Fueron atendidos por un centenar de miembros de Samur que, en cuatro turnos, estuvieron siempre pendientes de la multitud que rodeaba la basílica.

## Monseñor Rouco

En total, ayer se celebraron en el templo 32 misas, todas las cuales, incluso las que tuvieron lugar a altas horas de la madrugada, estuvieron participadas por gran número de fieles.

A las ocho de la tarde, el arzobispo de Madrid, monseñor Antonio María Rouco, presidió una de esas eucaristías y destacó la gran importancia que tienen este tipo de devociones populares, así como la necesidad de que estos actos no se limiten a honras esporádicas sino que se vean continuadas por una vida coherente con la fe que se profesa.

Junto a las misas, se impartió de manera incesante en la basílica el sacramento de la Penitencia. Miles de personas hacían cola ante los numerosos confesionarios que hay en el templo para reconciliarse con Dios. Esta práctica sacramental es una de las más típicas de esta iglesia, a la cual acuden muchos madrileños habitualmente a confesarse pues los padres capuchinos tienen siempre confesores.

## Palabra de vida

### ACOMPAÑADOS POR JESÚS

Lo escribo así, más bien que acompañando a Jesús nosotros, porque Él es quien tomó la iniciativa, por la voluntad del Padre. Se transfiguró delante de Pedro, Santiago y Juan, los mismos que estarán también muy cerca de Él la noche negra de Getsemaní. Pedro, años después, aún conmovido por el recuerdo de este día de gloria, se dirige a sus destinatarios afirmando que él y otros oyeron la voz que decía: «Este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias». Fue como si de repente quisiera el Señor que percibieran por la vista y el oído el fulgor de su divinidad.

Jesús resplandecía como el sol y sus vestidos eran blancos como la luz. Con Él estaban Moisés, representante de la ley, y Elías, de los Profetas. La continuidad en la historia de la Salvación de la humanidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre Israel y el Reino de Cristo.

La narración de San Mateo es un consuelo para nuestro espíritu, un alivio en nuestro caminar, un gozo profundo, porque es un anticipo de la Resurrección y de la Ascensión. Necesitamos leerlo y saborearlo para que se inunde nuestro interior de ese replandor del sol y de esa blancura de la luz de Cristo. La liturgia es muy sabia al ofrecernos hoy esta lectura en que se contempla un monte tan resplandeciente, después de habernos situado el primer domingo de cuaresma junto al monte sombrío de las tentaciones. Caminamos hacia la Pascua, hacia la Resurrección de Jesús y la nuestra.

La luz que sale de Jesús le pertenece como algo propio. Él es la luz del mundo, y esta luz inunda a Moisés y a Elías, con los que está conversando. Grandiosa escena en que la sencilla espontaneidad de Pedro nos hace sonreír y sentir una cálida simpatía hacia su intervención, ¡qué bien que se está aquí!

Tanta plenitud le invade que su corazón se ensancha y se olvida de sí mismo, de sus compañeros, de todo, iba a decir que hasta se olvida de lo que diría el sentido común: hagámonos tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés otra para Elías». Es el gozo inefable de estar junto a Cristo que han experimentado todos los espíritus nobles apenas han comenzado a sentir, con el auxilio de la gracia de Dios y de la pureza de sus vidas, la cercanía de lo divino y, más aún, del mismo Hijo de Dios.

Las exigencias de la vida, unidas a nuestra propia flaqueza, nos debilitan, y la experiencia nos dice que no podemos encontrar apoyo solamente en nuestras fuerzas, seguridades y pertenencias. San Pablo, en el fragmento que hemos leído hoy, nos pide más, algo más que salir de nosotros mismos y de nuestra comodidad doméstica. Nos pide tomar parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios nos dé.

Nosotros tenemos que ser también evangelizadores. Tenemos que hablar de Cristo, defender a Cristo, dar a conocer y mover a amar a Cristo. Nos esperan muchos hombres y mujeres que sufren, que no tienen fe, que buscan erróneas evasiones en el alcohol, en la droga, en el placer egoísta, en el sucio dinero y ambición. Necesitan el sol de la transfiguración. Nadie se salva solo. Nadie es feliz solo. Tenemos que dar a conocer a Jesucristo.

**Cardenal Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN**  
Arzobispo emérito de Toledo